

guarnecidas de acero, y su caballo cubierto de una cota de malla (los wahabi tenian veinte de estos guerreiros entre los suyos; nosotros no teniamos mas que doce). Adelantóse hácia nuestro campamento, llamando al Drayhy á singular batalla, uso antiquísimo entre los beduinos; el que de esta suerte es desafiado no puede sin deshonor rehusar el combate. El Drayhy, al oír su nombre, se disponia á responder á aquella provocacion; pero sus parientes se reunieron á nosotros para contenerle: su vida era demasiado importante para esponerla con tanta ligereza, y su muerte hubiera acarreado la ruina total de nuestra causa, y la destruccion de los dos ejércitos aliados.

Siendo inútil la persuasion, tuvimos que emplear la fuerza; atámosle con cuerdas de piés y manos á unas estacas clavadas en el suelo, en medio de su tienda; los gefes mas influyentes le sujetaban y le eeshortaban á calmarse, haciéndole presente la imprudencia de esponer al ejército por responder á la insolente bravata de un brutal wahabi. Este, entretanto no cesaba de gritar:

—“¡Venga, venga el Drayhy! Ya ha llegado su último dia; yo voy á terminar su carrera.”

El Drayhy, que lo oía, cada vez mas furioso, echaba espumarajos de cólera y bramaba como un leon; los ojos encendidos como dos ascuas, se le saltaban de la cara, y se revolvía entre sus cuerdas con

terrible fuerza. Aquel tumulto atraía un numeroso gentío al rededor de su tienda, cuando de pronto un beduino, abriéndose paso, se pone delante del Drayhy; una camisa sujeta con un cinturon de cuero, y un *casté* en la cabeza formaba su única vestimenta. Montado en un caballo alazan, y sin mas armas que una lanza, iba á solicitar licencia para pelear con el wahabi en lugar del jeque, recitando los versos siguientes:

“Hoy, yo Tehaisson, me he apoderado del caballo Hadidi, que deseaba hácia mucho tiempo, deseoso de recibir *en su lomo* las alabanzas debidas á mi valor. Voy á atacar y á vencer al wahabi por los hermosos ojos de mi amada, y para ser digno de la hija de aquel que siempre ha vencido al enemigo.”

Dice y se lanza á la pelea contra el guerrero enemigo: nadie creía que pudiese resistir media hora á su terrible adversario á quien su armadura hacia invulnerable; pero si no le descargó golpes muy homicidas, supo con maravillosa destreza evitar los suyos durante las dos horas que duró la lid. Todos estaban suspensos y llenos del mas vivo interés, lo mismo en uno que en otro bando; al cabo nuestro campeon vuelve la rienda y parece que huye;—toda esperanza está perdida; el enemigo va á proclamar su triunfo;—el wahabi le persigue, y con firme mano le arroja su lanza; pero Tehaisson, previendo el golpe, se agacha has-

ta el arzon de su silla, y el arma pasa silbando por encima de su cabeza; entónces volviéndose de improviso, clava su acero en la garganta de su enemigo, aprovechándose del instante en que este, obligado á parar de pronto su caballo delante del de su contrario, levanta la cabeza.

Como este movimiento dejó un hueco entre el casco y la coraza, debajo de la barba la lanza el atravesó de parte á parte, y le mató en el acto, pero sostenido en la silla por su armadura, el caballo se llevó el cadáver en medio de los suyos, y Tehaisson volvió triunfante á la tienda del Drayhy, donde fué recibido con entusiasmo. Todos los gefes le abrazaron colmándole de elogios y de regalos, y Jeque Ibrahim no fué uno de los últimos en manifestarle su gratitud.

Continuaban entretanto la guerra y el hambre; dos dias estuvimos en la tienda del Drayhy sin probar bocado. Al tercero recibió tres canastos de arroz que le enviaba de regalo Mola Ismael, caudillo de los Dallatis. En vez de economizarle como nu último recurso, mandó cocerle todo y convidó á cenar á todos los que estaban presentes. Su hijo Sahed no quiso sentarse á la mesa; pero instado por su padre, pidió que le diesen su racion y se la llevó á su yegua, diciendo que preferia sufrir él á verla carecer de alimento.

Treinta y siete dias hacia que habia empezado la

guerra: el trigésimo octavo fué terrible el combate. Tomó y saqueó el enemigo el campamento de los osmanlis, y á duras penas pudo el bajá volver á Hama, perseguido por los wahabi, que pusieron sitio á esta ciudad.

La derrota de los turcos nos era tanto mas funesta, cuanto dejaba al segundo cuerpo de ejército del enemigo, mandado por el famoso negro Abó Noeta, en libertad para unirse á Abdalla para atacarnos á la par. Al dia siguiente empezó una terrible lid; tan mezclados estaban los beduinos, que no se distinguian unos de otros. Atacábanse con el sable cuerpo á cuerpo; todo el llano estaba cubierto de sangre; jamas acaso hubo semejante batalla; ocho dias duró sin cesar. Los vecinos de Hama, persuadidos de que todos estábamos esterminados, ya no nos enviaban aquellas raras provisiones que de tan estremados apuros nos habian sacado algunas veces. En fin, el Drayhy viendo el mal en su colmo, reunió á los gefes y les dijo:

—“Amigos míos, es preciso hacer un último esfuerzo: mañana es forzoso vencer ó morir:—mañana, si Dios lo permite, destruiré el campamento enemigo; mañana nos hartaremos de sus despojos.”

Una sonrisa de incredulidad acogió su arenga: sin embargo, algunos mas animosos respondieron:

—“Proseguid; os obedecerémos.

—“Esta noche, continuó, es preciso que hagais

“ pasar cautelosamente al otro lado del Oronte
 “ vuestras tiendas, vuestras mugeres y vuestros hi-
 “ jos; es menester que todo haya desaparecido ántes
 “ de salir el sol, sin que lo advierta el enemigo. En
 “ seguida, libres de todo cuidado caerémos sobre él
 “ con el arrojó de la desesperacion y le estermina-
 “ remos ó pereceremos todos. Dios nos protegerá
 “ y venceremos.”

Todo se ejecutó como él habia dicho, con un órden, una presteza y un silencio increíbles: al dia siguiente no quedaban mas que los guerreros. El Drayhy los dividió en cuatro cuerpos, mandando atacar al campamento enemigo por cuatro puntos á la vez; todos se arrojaron sobre su presa como leones hambrientos. Aquel choque impetuoso y simultáneo, tuvo todo el éxito que podia esperarse de él; la confusion y el desórden penetraron entre los wahabi, que echaron á huir, abandonando sus mugeres, sus hijos, sus tiendas y sus bagages. El Drayhy, sin dar tiempo á los suyos para apoderarse del botin, los obligó á perseguir á los fugitivos hasta Palmira, y no los dejó descansar hasta despues de la total dispersion del enemigo.

Apenas se declaró la victoria por nosotros, partí con Jeque Ibrahim para anunciar á la poblacion de Hama esta feliz nueva; pero nadie quiso creerla, y poco faltó para que nos tratasen como á fugitivos. Estaba el pueblo en la mayor agitacion; unos corrian á las alturas, desde donde no veian

mas que nubes de polvo; otros preparaban sus machos para huir hácia la costa; pero pronto, confirmandose la derrota de los wahabi, el mas estravagante alborozo sucedió á aquella gran consternacion. Enviaron un tártaro á Damasco que volvió trayendo cuarenta cargas de trigo, veinticinco mil piastras, un sable y una pelliza de honor para el Drayhy, que hizo su entrada triunfal en Hama, escoltado por todos los gefes de la tribus aliadas; el gobernador, los agás, el bajá y toda su corte le recibieron de un modo espléndido.

Despues de cuatro dias de regocijos, salimos de Hama para reunirnos con nuestras tribus y conducir las al levante al acercarse el invierno. El Drayhy partió con doce de ellas; las otras, reunidas en grupos de cinco ó seis, se dispersaron en el desierto de Damasco.

Nuestra primera residencia fué en Tall el Dehab, en el territorio de Alepo, donde hallamos cuatro tribus que no habian tomado parte en la guerra: los gefes salieron al encuentro del Drayhy, penetrados de respeto por sus recientes proezas, y solicitando el favor de ser admitidos a firmar nuestro tratado de alianza (1). De allí marchamos sin

(1) Farés Ebn Aggib, gefe de la tribu el Bechakez, quinientas tiendas; Cassan Ebn Unkban, gefe de la tribu el Chiamssi, mil tiendas; Selamé Ebn Nahssan, gefe de la tribu el Fuahez, seiscientas tiendas; Mehanna el Saneh, gefe de la tribu el Salba, ochocientas tiendas.

detenernos para reunirnos con nuestro amigo el emir Taher, que nos recibió con las mas vivas manifestaciones de júbilo. Atravesamos el Eufrates con él y con otras muchas tribus que entraban como nosotros en Mesopotamia, é iban, unas del lado de Hamad, otras del desierto de Bassora.

Recibimos en el camino una carta de Farés el Harba, anunciándonos que seis de las grandes tribus que habian peleado contra nosotros con los wahi, se habian acampado en la Hebassia, cerca de Machadali, que estaban dispuestas a aliarse con nosotros, y que si el Drayhy queria enviarme a su lado con plenos poderes para tratar, se creia seguro del logro. No perdí un momento en acudir a su llamamiento, y al cabo de seis dias de camino, llegué a su tienda sin accidente. Farés el Harba, haciendo al punto levantar su campamento, me condujo a una jornada de aquellas tribus (1): entonces escribí en su nombre al emir Douackhry, caudillo de la tribu el Fedhan, instándole a hacer alianza con el Drayhy, y prometiéndole el olvido de lo pasado. Douackhry pasó en persona a ver a Farés el Harba, y pronto estuvimos de acuerdo; pero nos dijo que no podia responder mas que de

(1) La tribu el Redhan, cinco mil tiendas; la del Sabha cuatro mil; la de el Rekaka, mil quinientas; la de el Messahid, tres mil quinientas; la de el Salca, tres mil; en fin, la de Benni Dehabb, cinco mil.

su tribu, mirando como muy difícil convencer a las otras cinco; propúsome sin embargo que le acompañase a su campamento, ofreciéndome reunir a los caudillos y usar de todo su influjo sobre ellos. Acepté y partí con él; llegado que hubimos en medio de lo que debia ser un campamento, ví con sentimiento innumerables hordas de beduinos tendidos al sol, pues como habian perdido sus tiendas y sus bagages en la batalla, no tenian mas cama que el suelo, ni mas manta que el cielo: algunos andrajos, colgados de unas estacas, daban un poco de sombra a aquellos infelices, que se habian despojado de su única vestimenta para proporcionarse aquel triste abrigo contra el ardor del sol, y que yacian desnudos sobre la arena, espuestos a las picaduras de los mosquitos y a las espinosas puntas de la planta que pastan los camellos: muchos ni aun tenian un miserable trapo que los guardase del calor del dia y del fresco de la noche, cuyo contraste es mortal en aquella estacion, en que ya empezaba a dejarse sentir el invierno.

Jamas tuve idea de una miseria tan completa. Aquel triste espectáculo me oprimió el corazon y me arrancó lágrimas.

Al dia siguiente Douackhry reunió los gefes y los ancianos, en número de quinientos. Solo en medio de ellos, desesperaba yo de hacerme escuchar, y sobre todo de reunirlos en un mismo parecer. Aquellos hombres, de caracter y costumbres

independientes, ecsasperados por la desgracia, presentaban todos pareceres diferentes, y si ninguno esperaba hacer prevalecer el suyo, a lo menos tenia empeño en sostenerle obstinadamente, dejando a cada cual en libertad de hacer otro tanto. Unos querian ir al pais de Nedgde, otros retirarse a Samarcanda; estos vociferaban imprecaciones contra Abdalla, caudillo del ejército de los wahabi; aquellos achacaban al Drayhy todos sus desastres. En medio de aquella division, me armé de valor y traté de refutar á unos y a otros. Empecé por alabar su confianza en los wahabi, diciéndoles que Abdalla se habia vuelto necesariamente su enemigo desde que le abandonaron el dia del último combate, y que procuraria vengarse de ellos: que yendo al Negdge, se precipitaban voluntariamente bajo el dominio de Ebn Sihouh, que los abrumaria con contribuciones, y trataria de hacerles soportar todo el peso de una guerra desastrosa; que habiendo una vez desertado su causa y libres ya de sus garras, no debian ser como el pájaro que, habiendo escapado de la escopeta del cazador, va a caer en la red del pajarero. Ocurrióseme en fin, la fábula del haz, creyendo que esta sencilla demostracion produciria efecto sobre aquellas almas cándidas, y me determiné á esplicárselas. Habiéndolos ecshortado á reunirse para resistir à toda opresion, cogí de manos de los jeques

unos treinta djerids, y presenté uno al emir Farés diciéndole que le rompiera, lo hizo sin dificultad: presentéle sucesivamente dos, y luego tres, que rompió igualmente porque era hombre de mucha fuerza muscular: luego le presenté todo el haz, que no pudo romper ni doblar.

—“Machalla, le dije, no tienes fuerza,” y pasé el haz a otro, que no fué mas feliz: entonces se alzó en la asamblea un murmullo general.

—“¿Quien podria romper tamaño haz,” esclamaban todos?

—“Os cojo la palabra,” respondí, y en el lenguaje mas enérgico les hice la esplicacion del apólogo, añadiendo que me habia affigido tanto verlos sin hogar y desnudos, que me obligaba à solicitar del Drayhy la restitucion de sus bagages y de sus tiendas, y que conocia bastante su magnanimidad para responder del logro de mi peticion si entraba francamente en la alianza cuyas ventajas acababa de probarles. Y todos á una voz exclamaron:—“Venciste, Adbdalla; tuyos somos en vida y en muerte,” y todos vinieron á abrazarme; luego se convino en que darian cita al Drayhy en la llanura de Halla para poner su sello en el tratado.

Al dia siguiente atravesé de nuevo el Eufrates, y á los cinco me reuní con mi tribu. Mis amigos estaban cuidadosos de mi larga ausencia, y la relacion de mi feliz negociacion los colmó de alegría.

Tantas veces he contado las reuniones, las comidas y los regocijos de toda especie usados entre los beduinos, que no describiré de nuevo lo que pasó con ocasion de formarse el tratado de paz. El emir Douackhry enterró las siete piedras, y consumó así su alianza. Despues de la comida, hubo una ceremonia que aun no habia yo visto, la de prestar juramento de fidelidad sobre el pan y la sal; luego el Drayhy declaró que estaba pronto á cumplir el empeño que yo habia tomado en su nombre, devolviendo el botin cogido á las siete tribus que acababan de reunirse á él; pero no bastaba tener esta generosa voluntad, era preciso ademas, hallar el medio de ejecutarla. En el saqueo del campamento de los wahabi y de sus aliados, los despojos de cincuenta tribus estaban confundidos, y no era cosa fácil reconocer la propiedad de cada uno. Decidióse que las mugeres solas podian lograrlo, y sería imposible formarse una idea del afan de los cinco dias que se emplearon en hacerles reconocer los ganados, las tiendas y los bagages de las diversas tribus. Cada camello y cada carnero tiene en una pata dos cifras hechas con un hierro incandescente, la de la tribu y la del dueño; pero por poco que se parezcan las cifras, ó estén medio borradas, como siempre sucede, la dificultad es inmensa; así fué que estuve tentado de arrepentirme de mi rapto de compasion y de mi imprudente promesa.

En aquella época, pasó una gran caravana que

iba de Bagdad á Alepo y fué despojada por los Fedans y los Sabhas; llevaba un rico cargamento de añil, café, especias, alfombras de Persia, telas de cachemira y otros objetos preciosos, que avaluamos en diez millones de piastras. Apénas corrió la voz de aquella presa, llegaron varios mercaderes, algunos de muy léjos, para trocar ó comprar aquellas riquezas de los beduinos, que las vendian ó mas bien las daban casi por nada; así, por ejemplo, cambiaban una medida de especias por una de dátiles; una pieza de cachemira por un *machlah* negro; una caja de añil por un vestido de lienzo; piezas enteras de pañuelos de la India por un par de botas. Un mercader de Moussoul compró por una camisa, un *machlah* y un par de botas, mercancías de valor de mas de quince mil piastras; y una sortija de diamantes se dió por un *rotab* de tabaco. En aquella ocasion pude hacerme rico; pero el Sr. Lascaris me prohibió comprar cosa alguna, ó recibir regalos, y obedecí eserupulosamente.

Diariamente nos llegaban del pais de Nedgde, tribus que abandonaron á los wahabi para reunirse á nosotros,—unas atraidas por la gran reputacion del Drayhy, otras de resultas de sus desavenencias con el rey Ebn Siohud: una circunstancia de este género nos trajo de una vez cinco tribus. El emir de la tribu de Beni Tay, tenia una hija hermosísima llamada Camare (Luna). Fehrab, hijo del caudillo de una tribu vecina y pariente de

Wahabi, se enamoró de ella y fué correspondido; habiéndolo notado el padre de la doncella, prohibióle hablar al príncipe, y se negó á recibirle y aun á escuchar sus proposiciones de matrimonio, por estar destinada Camare á su primo Famer. Es costumbre entre los beduinos, — costumbre que recuerda la que nos ha transmitido la Biblia, — que el pariente mas cercano sea preferido cuando hay que casar á una doncella; pero Camare, sin curarse de esta costumbre de su pais, ni dejarse intimidar por las amenazas de su padre, se negó rotundamente á casarse con su primo, y aumentando su amor en razon de los obstáculos que se le oponian, aprovechó todas las ocasiones de corresponder con su amante. Este, perdida toda esperanza de obtenerla de sus padres, resolvió robarla, é hizo que se le propusiese una vieja á quien habia logrado sobornar; obtenido su consentimiento, introdújose en la tribu Beny Tay, disfrazado de mendigo, y concertó con ella la hora y las circunstancias del rapto. A media noche, salió la doncella cautelosamente de la tienda de su padre, y se reunió con el príncipe, que la aguardaba á la entrada del campamento; sentóla en la grupa de su yegua, y se lanzó al llano; pero la celeridad de su fuga, no pudo sustraerla á los celosos ojos de Famer que, enamorado de su prima y determinado á sostener sus derechos, vigilaba hacia mucho tiempo los pasos de su rival y hacia centinela todas las noches junto á la tien-

da de Camare. Apénas los vió huir, echó á correr en su seguimiento. La yegua de Fehrab, que tenia la velocidad natural á la raza Nedgdíé, aceleró todavía mas en aquella ocasion su carrera, aguijoneada por la impaciencia de su amo; pero cargada con el peso de dos personas, llegó un momento en que ya no tuvo fuerzas para obedecer á los redoblados golpes del estribo, y cayó sin aliento en tierra. Fehrab vé á Famer próximo á alcanzarle, y dejando en el suelo á su amante, se prepara á defenderse. Terrible fué el combate cuanto trágico el resultado: Famer vencedor, mata á Fehrab y se apodera de su prima; pero rendido de cansancio y lleno de seguridad, se duerme un momento junto á ella; Camare, que espia su sueño, coge el sable teñido en sangre de su amante, corta la cabeza á su primo, y se traspasa el corazon con la lanza: así fueron hallados los tres por los que salieron en su busca. Siguió á este triste suceso una mortífera guerra entre las dos tribus; la de Nehrab, sostenida por los wahabi, obligó á la retirada á la de Beni Tay, que vino con otras cuatro tribus aliadas (1) á pedir proteccion al Drayhy, cuyo poderío ya no tenia rival. Quinientos mil Beduinos, reunidos á nuestra causa, no formaban mas que un solo cam-

(1) La tribu Beni Tay, compuesta de 4,000 tiendas, la de El Hamarnid, 1,500; la de El Daffir, 2,500; la de El Hegiager, 800; en fin, la de El Khresahel, 3,000.